



CUADERNOS DE MARCHA

TERCERA EPOCA - AÑO XIII-Nº146-DICIEMBRE 1998-URUGUAY \$ 40 - ARGENTINA \$ 4



LOS BOMBARDEOS EN IRAK

Hebert Gatto

ELECCIONES DE ABRIL
Y LIGA FEDERAL

Alberto Methol Ferré

ENTREVISTA CON
DANILO ASTORI

El futuro de la izquierda

EL EMPUJE TRANSNACIONAL
Y LA INTEGRACION REGIONAL

Enrique Rubio

EXILIO/INSILIO/DESEXILIO

Laura Masliah

CIUDADES SIN CHATARRA
NI CONTAMINACION

Julio Varela

BATUZ Y LA
SOCIÉTÉ IMAGINAIRE

María E. Yuguero

EROS TIENE ESTILO

Mariella Nigro

El LIBERALISMO, de Pío Nono a Croce y Unamuno

ARTURO ARDAO

1.- Condena del liberalismo por Pío Nono

Cuando en 1864, en un histórico pasaje de la encíclica *Quanta Cura* que acompañaba al *Syllabus*, hizo Pío Nono la condena conjunta de «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna», para nada se refería, en cuanto al liberalismo, a su significación económica.

No es que no existiera entonces el llamado liberalismo económico. Por el contrario, muy activo se hallaba en su modalidad de época, la de la Escuela de Manchester de los Cobden y Bright, que ponía el acento en el libre cambio, así como desde el siglo XVIII se le había puesto en la libre contratación y en el XX se le pondría en la libre empresa.

Pero activo y todo en su campo, bien secundario era respecto al universal LIBERALISMO a secas, o propiamente dicho: el único que tiene derecho a ser llamado liberalismo, sin más. Es sólo cuando se sintió (o se siente) la necesidad de evitar la confusión con particulares o secundarias aplicaciones, como la religiosa y la económica, que se le llamó (o se le llama), liberalismo político. Sobrentendido queda, sin embargo, que tal adjetivación es hecha en el más comprensivo alcance de este último término, por lo que a menudo se especifica: liberalismo político, o civil.

Era ése y no otro el liberalismo condenado por Pío Nono, junto con el progreso y la civilización moderna. Y fue precisamente como consecuencia que sobrevino el menor liberalismo religioso, tan enfatizado en carácter de reacción o de respuesta, en Europa como en América, en las últimas décadas del siglo pasado y primeras del actual.

(Por reacción o respuesta paralela ante el ataque a la "civilización moderna", surgió y se expandió en las mismas décadas en un sector católico, incluso del clero —en convergencia con el liberalismo— el llamado "modernismo religioso", precursor a su modo del Vaticano II).

2.- Croce y la génesis española del término

Hemos recordado no hace mucho que ni Locke, padre a fines del siglo XVII del liberalismo a secas (o si se quiere, «político o civil»), ni Adam Smith, padre a fines del XVIII del liberalismo económico —dicho sea sin olvido de precusores de uno y otro, cercanos y lejanos— hablaron de «liberalismo». No apareció este término sino en el XIX, inmediatamente derivado de la nueva acepción dada al clásico de liberal por las españolas Cortes de Cádiz de 1812.

La acepción era nueva en tanto que transferida de planos sólo intelectuales y morales, como era y sigue siendo tradicional, al de la militante filosofía política, señoreada ahora por el principio supremo de libertad. Por esta nueva acepción aplicada al orden político, es que ha podido hablarse de «invención» española, como lo hace, con la explicación debida, Luis Díez del Corral en su tan representativa obra *El liberalismo doctrinario*:

«No puede olvidarse que el mismo término liberal es invención nuestra, y que el vocablo no iba suelto, claro es, sino acom-

...en un histórico pasaje de la encíclica *Quanta Cura* ...hizo Pío Nono la condena conjunta de «el progreso, el liberalismo y la civilización moderna», para nada se refería, en cuanto al liberalismo, a su significación económica

pañado de una manera de entender y sentir diversas cuestiones políticas».¹

Hacia el primer tercio de este siglo, en su *Historia de Europa en el siglo décimo nono*, dedicó Benedetto Croce el capítulo primero a lo que llamó "La religión de la libertad". Por tal entendía el liberalismo, síntesis en definitiva del libre examen impuesto y acendrado en el proceso que condujo del Renacimiento y la Reforma a la Revolución. Eso establecía para expresar en el capítulo segundo:

«...y no es sin ironía el hecho de que la nueva postura espiritual recibiese su bautismo donde menos se habría esperado: el país que más que cualquier otro europeo se había cerrado a la filosofía y a la cultura modernas, del país por eminencia medieval y escolástico, clerical y absolutista, de España, que acuñó entonces el adjetivo liberal con su contrapuesto de servil».

«Fue, en efecto, España la que acuñó ese término, hoy casi universal de liberal —y consiguientemente de liberalismo— en el sentido que tiene...

3.- Unamuno y el liberalismo español

En el mismo año 1932 de aparición de aquel libro de Croce, quiso Unamuno comentar el mencionado pasaje. Después de reproducirlo en artículo titulado «El liberalismo español», reiteraba:

«Fue, en efecto, España la que acuñó ese término, hoy casi universal de liberal —y consiguientemente de liberalismo—, en el sentido que tiene; fue España que hacia 1812, cuando las Cortes de Cádiz, cuando su lucha contra el imperialismo napoleónico, antecedente de la Santa Alianza,

imperialismo democrático acaso, pero no liberal, España, saludada entonces por los nuevos pueblos europeos como el hogar del liberalismo civil, acuñó ese término liberal, como ha acuñado otros que han pasado a lenguas europeas...».

Al cabo de consideraciones históricas dirigidas a rescatar el aporte español al Renacimiento, a la propia Reforma y a la Revolución, concluía:

«Sí que es enorme ironía — enorme, esto es: fuera de norma—, sí que es enormidad irónica que España haya acuñado el término liberal. Pero ello se debe a que el liberalismo, la religión de la libertad surgida del Renacimiento —Cervantes—, de la Reforma —Valdés—, de la Revolución —guerrilleros de la Independencia—, estuvo en España luchando con más ardor recogido que en parte alguna, se debe a que en las entrañas de esta nación, al parecer cerrada a la filosofía y a la cultura modernas, por eminencia medieval y escolástica, clerical y absolutista, latía un pueblo profundamente liberal y nada servil, latía un pueblo con enormes ganas de libertades civiles y religiosas, un pueblo poco o nada escolástico. Y lo que ahora, en estos nuestros días macizos, se ha revelado, no ha sido sino la revelación del alma eterna española».²

En estos nuestros días macizos... los de la tan esperanzada iniciación de la Segunda República, apenas un año atrás. En el ambiente nacional creado por ella, fue grato a Unamuno insistir sobre el histórico liberalismo español, en los inmediatos años siguientes. Así, en 1934 en comentario de un libro del italiano N.

Cúneo: «...España fue el hogar del liberalismo, donde nació —lo ha recordado Croce— este término». Con más detención, en otro comentario del mismo libro, también en 1934:

«...hay una tradición española, hondamente española, que maduró en el siglo XIX, la tradición liberal. El liberalismo —la palabra, que es todo, y con ella el sentimiento— nació en España y se simbolizó en la Constitución de Cádiz, la de 1812, la de aquellas Cortes cuya teoría —mitología si se quiere— trazó Martínez Marina (...) Y no se olvide que el liberalismo ha sido la religión civil del siglo XIX, como lo ha reconocido otro italiano, Croce, que se fijó en cómo nació aquí la santa palabra: liberalismo».³

Todavía a principios de 1936, en las angustiosas vísperas del estallido de la gran guerra civil, volvió Unamuno sobre el liberalismo español; pero esta vez para referirse, tanto como a la tradición nacional, a la personalísima suya, entroncada en la familiar. Lo hizo en artículo titulado «Abolengo liberal», en cuyos párrafos introductorios dijo:

«Nací y me crié (...) en la invicta villa liberal de Bilbao y en tiempo de guerra civil (...) El liberalismo glorioso del siglo XIX era tradición en mi familia (...) El liberalismo era ante todo y sobre todo, un método. Un método para plantear y tratar de resolver los problemas políticos, y no una solución dogmática de ellos».

Hechas diversas referencias que incluían el especial recuerdo de su abuela materna y del pedagogo e historiador Manuel Bartolomé Cossío muerto el año anterior, finalizaba en términos patéticamente expresivos de sus tribulaciones en aquella dramática hora:

«Cuando repaso las memorias de mi abolengo liberal —de origen doceañista— y las del abolengo liberal del noble y liberal Cossío, y al sentir que se destruyen los caminos —los métodos— para levantar barreras (dogmas o dictaduras, unas u otras), que se niega el libre examen para asentar esta Inquisición o su contraria, ahora es cuando siento afirmarse en mi aquella tradición familiar de liberalismo que brotó de la nacional de nuestro glorioso siglo XIX, el de la Constitución de 1812, el de las dos guerras civiles que retemplan el alma de mi abuela Benita Unamuno y Larraza».⁴

Que no se trataba sólo de muy lejanas reminiscencias motivadas por el nuevo advenimiento republicano, lo prueban ocasionales evocaciones a lo largo de su obra, de su congénito liberalismo, tanto como genéricamente español, específicamente bilbaíno. Basten estas muestras:

En 1918, en el cincuentenario de la Revolución de 1868 que abrió el camino para la proclamación en 1873 de la Primera República, hablando de sí mismo en tercera persona, llamaba a Bilbao «la invicta Villa, el pueblo glorioso y nobilísimo que le formó el alma civil y liberal». Y elogiaba en Cánovas del Castillo su condición de «liberal, civil y laico, respetuoso con el derecho de gentes nacido de la gran Revolución Francesa en que habían madurado el Renacimiento y la Reforma», así como en Sagasta su «cepa de la vieja solera liberal».

El liberalismo era ante todo y sobre todo, un método. Un método para plantear y tratar de resolver los problemas políticos, y no una solución dogmática de ellos

¹ Luis Díez del Corral, *El liberalismo doctrinario*, 2a. ed., Madrid, 1956, p. 19.

² M. de Unamuno, *Obras completas*, Barcelona, de 1958, T VIII, pp. 704-706.

³ *Ibidem*, pp. 714, 717-718, 720.

⁴ M. de Unamuno, *Mi vida y otros recuerdos personales*, Buenos Aires, 1959, T.II, pp. 217-219.

Y en 1919, en artículo dedicado sólo a la exaltación de su ciudad natal, comprobaba y profetizaba:

«[...] el viejo liberalismo de la Villa, de nobilísimo abolengo, aquel liberalismo que se nutrió de la Revolución Francesa y quien sabe si de la Reforma de hugonotes y jansenistas, aquel liberalismo ha sufrido un eclipse. Pero yo le veo, y le veo renacer bajo el arco iris que forma la bruma de lágrimas de mis añoranzas de la noble e invicta Villa (...) ¡ Y volverán, sí, volverán aquellas mismas viejas luchas, volverán las inquietudes de nuestros abuelos de la Reforma y de la Revolución!»⁵

Parece obligado recordar aquí el expreso reconocimiento que en el mismo 1919 hacía Unamuno de lo que su conciencia liberal debía a su padre; no directamente, por haberlo perdido muy niño, sino a través de su biblioteca:

«Era la biblioteca de un autodidacto, de un hombre que se había hecho a sí mismo, y que se había hecho en América, en Méjico, lejos de su tierra natal y respirando aires de libertad y de liberalismo. En el álbum de retratos de mi casa (...) aprendí desde niño a familiarizarme con dos fisonomías: con la cara de chivo de Abraham Lincoln, el héroe inmortal de la Unión norteamericana, y con la cara impenible del indio Benito Juárez, el verdadero padre civil de la patria mejicana. (...) Si mi padre se hubiese quedado en su pueblo nativo, es más que seguro que me habría faltado lo más de la base sobre que se formó mi

encia civil, mi espíritu público»⁶.

4. Liberalismo y neoliberalismo

El zigzagueante relacionamiento que acabamos de hacer a propósito del liberalismo, entre Pío Nono (adversario) y Croce y Unamuno (partidarios), es un arbitrio, no una arbitrariedad.

Un arbitrio, entre los prácticamente infinitos que la historia ofrece, para destacar que el liberalismo en su sentido propio o clásico, es cosa bien distinta del actual neoliberalismo de significado económico, tan inclinado a la abustiva —bien que prestigiosa— auto-denominación de liberalismo, sin más.

Patente resulta que cuando Pío Nono condenaba al liberalismo como enemigo de la Iglesia, y Croce y Unamuno lo encarecían como «religión de la libertad», para nada tenían en cuenta —ni uno ni otros— la libre contratación o el libre cambio, y menos la libre empresa, de énfasis posterior; trinidad vuelta ahora sacra unidad bajo el signo del libre mercado. Patente además: lo subalterno —aparte de ajeno— que el llamado neoliberalismo resulta respecto a la verdadera y grande tradición liberal del humanismo moderno.

Común esa tradición a todo el mundo occidental, arranca en nuestro país de los albores mismo de la nacionalidad con las memorables Instrucciones del año XIII, aquellas que proclamaran la «libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable». Coetáneo de las bautistas Cortes de Cádiz viene a ser, pues, el punto de partida del entonces inominado liberalismo uruguayo. Coetáneo, aun en muy estricto sentido doceañista (para decirlo con palabra favorita de Unamuno), si se tiene presente que su real gestación doctrinaria tuvo lugar a lo largo del preciso —del emblemático— 1812, en los tan debatiénos como combatientes campamentos del Éxodo. ♦

Patente además, lo subalterno —aparte de ajeno— que el llamado neoliberalismo resulta respecto a la verdadera y grande tradición liberal del humanismo moderno.

⁵ *Ibidem*, pp. 19, 20, 27, 29.

⁶ *Ibidem*, pp. 30-32.